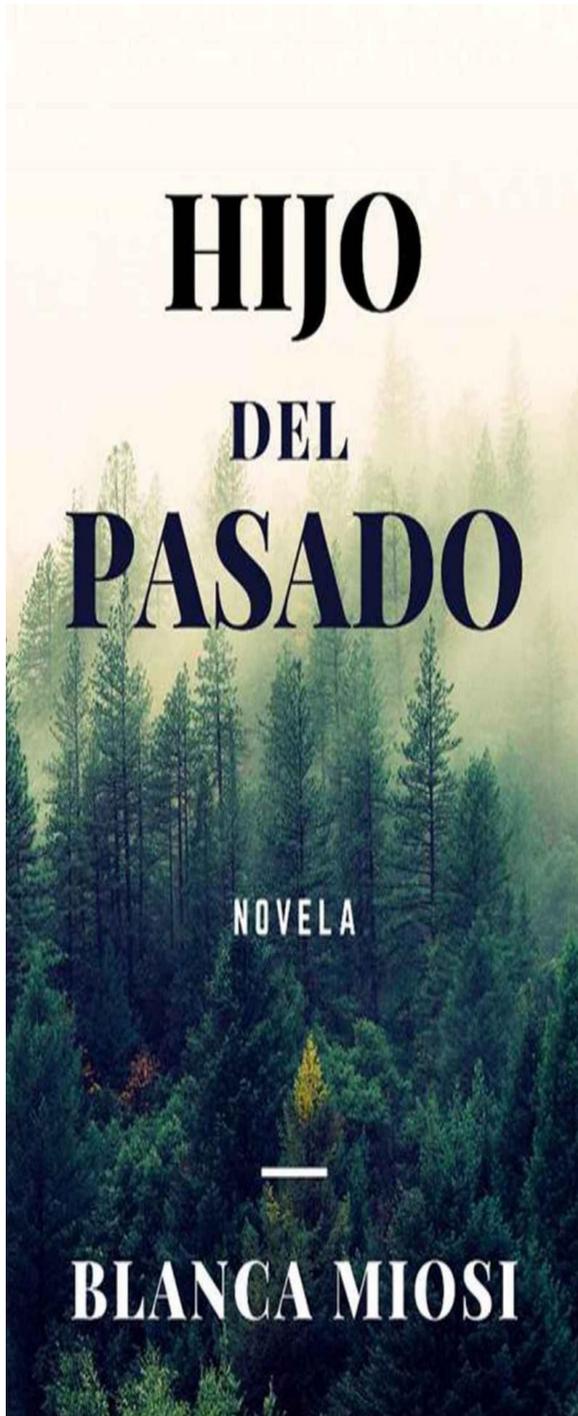


**HIJO
DEL
PASADO**

NOVELA

BLANCA MIOSI



HIJO DEL PASADO

BLANCA MIOSI

Copyright © 2019, Blanca Miosi

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

En *Hijo del pasado* aparecen algunos personajes históricos así como situaciones basadas en acontecimientos reales. Algunos de los nombres fueron cambiados para preservar su identidad, sin embargo, se trata de una novela y, como tal, es una obra de ficción.

A Henry, siempre.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Nota de la autora](#)

[Biografía](#)

[Si te gustó esta novela te invito a leer mis otras obras en Amazon:](#)

[Enlaces de la autora](#)

Capítulo 1

Hyde Park,
Estado de Nueva York, 2005

Para Daniel Kozlowski los codiciados años dorados no tenían el significado que había imaginado. Durante setenta y un años abrió los ojos a las cinco y treinta de la mañana, y supuso que lo seguiría haciendo hasta que los cerrara de manera definitiva. Estar sentado por las tardes en uno de los sillones de mimbre del porche interior para contemplar la naturaleza después de cumplir con los quehaceres que se había autoimpuesto no tenía nada de entretenido, y después de un año en esa tesitura estaba arrepentido de haber cerrado el trato dejándose llevar por la impulsividad. Los mejores años de su vida los había pasado en otro lugar del mismo nombre, Hyde Park, pero el de Chicago, y él, como hombre supersticioso que era, pensó que se trataba de una buena señal. El Hyde Park de Poughkeepsie, donde se hallaba situada la Casa Hamilton, era absolutamente diferente, tanto como la misma casa, en nada parecida a la que ellos habían tenido en Chicago. El abrumador trabajo de jardinería que Kozlowski ejecutaba sin ayuda, acostumbrado como estuvo durante toda su vida a trabajar y dar de sí lo máximo, empezaba a dejar de ser un agradable pasatiempo. Un extraño conglomerado de flores y matorrales situado de manera incomprensible en el precioso jardín posterior rompía la simétrica armonía de aquella joya, copia de un jardín italiano del siglo XVI; ese conglomerado fue lo único que le había molestado de la casa en un comienzo, hasta que supo el motivo de su existencia. Se miró las manos, grandes y fuertes, apropiadas para el trabajo que ejecutaba en esos días. Sin embargo, esas mismas manos grandes y fuertes danzaban con gracia y precisión como

unas bailarinas de ballet cuando estuvieron dedicadas a la cirugía.

Empezaba a cansarse de la monotonía que implicaba mantener el tipo de vida que al comienzo le había parecido tan apropiado para ellos, hasta que apareció un visitante en sus vidas. Lo divisó desde la ventana de la biblioteca. La imagen intermitente del coche que aparecía y desaparecía a través de los sicomoros, arces y arándanos del camino le causó curiosidad. En realidad, en su situación cualquier evento por nimio que fuese era motivo de distracción, no así para su mujer quien parecía avenirse más que él con la vida de ermitaños que llevaban pese a ser una mujer relativamente joven, aunque pensaba que jamás sabría con exactitud lo que pasaba por la mente de Viveka.

A menos que el cartero se hubiese ganado la lotería, Daniel no imaginaba quién se dirigía hacia su casa. Después de pasar la entrada sombreada por una enredadera, el deportivo siguió la curva de la rotonda y se detuvo frente a la puerta principal. El hombre que se apeó tenía una especie de afectación en sus gestos; unos modales que le pareció reconocer como propios de los ingleses. Esperó arriba. Dejaría que fuese Viveka quien abriera. Escuchó el lejano zumbido del timbre y esperó.

Al cabo de unos momentos Viveka entró a la habitación, reflejaba una mezcla de alarma y de curiosidad en el rostro.

—Daniel, hay un hombre que pregunta por la familia Hamilton. Dice ser pariente de los que construyeron esta casa.

Él puso un dedo sobre los labios en actitud dubitativa y miró al suelo.

—¿Cómo se llama?

—Francis Hamilton.

—Bajaré y veremos. ¿Te dijo a qué ha venido?

—No —respondió ella, a la vez que una sombra de preocupación cruzó su rostro.

Daniel se dirigió al largo pasillo y bajó la escalera curva que llevaba hasta el vestíbulo. Vio al hombre de pie que,

de espaldas a él, observaba con atención la madera tallada del arco de entrada que daba entrada al salón. Se volvió al sentir los pasos en la escalera y saludó con una sonrisa apenas perceptible.

—Buenos días, señor...

—Daniel Kozlowski. ¿Y usted es...?

—Francis Hamilton. Encantado de conocerlo —dijo el hombre extendiéndole la mano.

El apretón que sintió Daniel no fue demasiado fuerte ni tampoco débil. Un apretón excesivamente correcto.

—Ella es la señora Kozlowski —dijo dirigiéndose a su mujer. Acostumbrado como estaba a las miradas curiosas de la gente cuando hacía la presentación, no quiso fijarse en el gesto del visitante y prosiguió—: ¿Qué lo trae por acá? Si hay algo en que pueda ayudarlo...

—Encantado de conocerla, señora Kozlowski. —El hombre estiró la mano y se inclinó ligeramente al estrechársela—. Les ofrezco disculpas por venir sin previo aviso. Solo quería visitar la casa donde pasé mi niñez. Hace mucho de eso.

—¿Esta casa perteneció a su familia?

—Sí. Hasta que nos fuimos a Inglaterra. Entonces yo tenía diez años.

—Pasemos al salón, estaremos más cómodos —sugirió Daniel—. Como notará, no hemos cambiado nada, nos agrada tal como está.

Los esposos Kozlowski cruzaron una mirada de asentimiento mutuo con la rara sensación de que Francis Hamilton tenía más derecho que ellos a pasear por la casa, al fin y al cabo, si era quien decía ser, la casa era suya. El desconocido miró a uno y a otro lado mientras caminaba por el salón. No parecía importarle que lo vieran observar todo con detenimiento, como si fuera consciente de que su presencia era justamente para reconocer el lugar.

—Por favor, tome asiento —invitó Viveka—. ¿Gustaría una taza de café?

—Gracias, señora Kozlowski. Preferiría té, si no es molestia.

—Con mucho gusto —respondió ella y fue en dirección a la cocina, aliviada de estar fuera de la presencia del hombre quien, pese a su gentileza y buenas maneras, destilaba una inconfundible arrogancia.

—Perdone la pregunta, ¿me podría decir cuánto tiempo hace que viven aquí?

—No tengo nada que perdonarle, señor Hamilton. Negociamos el trato durante un par de meses y nos mudamos aquí hace un año. No pudimos resistirnos a la oferta que hacía el banco.

—¿Oferta? ¿Podría ser...?

—La casa estaba en franco estado de abandono —interrumpió Daniel antes de que Hamilton terminara la frase—. Los difuntos propietarios la habían dejado a cargo de su abogado, el señor Beckerman, pero él falleció, de manera que la propiedad quedó en el aire. El condado de Dutches no podía ofrecerla en venta pero, al parecer, decidieron darla en usufructo a través del Chase Bank, vimos el aviso y nos pareció interesante —explicó Daniel—. La condición fue que nos hiciéramos cargo de las reparaciones y el mantenimiento. Firmamos un contrato por veinte años. Renovables —agregó, para reafirmar su derecho a vivir allí.

—Ya veo, y parece que están haciendo un buen trabajo. La casa es grande —dijo Hamilton, sin prestar importancia al asomo de preocupación en el rostro de su anfitrión.

—Bastante, sí. Sigue teniendo algunos problemas que hemos ido arreglando poco a poco; el tejado, por ejemplo, las instalaciones eléctricas y las tuberías. Los cimientos empezaron a resentirse porque había una tubería rota en el sótano. —Daniel hizo una corta pausa y dio una mirada alrededor—. Mientras nadie vivió aquí no hubo problemas, pero al hacer uso del agua y el desagüe, salió a relucir el asunto. El abogado que se hacía cargo supo conservarla bastante bien, pero estaba deshabitada —concluyó.

—Cuando las casas están desocupadas se deterioran a mayor velocidad —concordó Hamilton.

—¿Qué lo trae por aquí? —preguntó Daniel directamente.

—Pensé tomar unas vacaciones y aprovechar para visitar la casa.

—¿A qué se dedica, si no es una indiscreción? —inquirió Daniel evitando preguntarle dónde pensaba quedarse.

—De ninguna manera. Tengo una galería de arte.

—¿Y piensa abrir otra aquí?

—No lo sé, la verdad no había pensado en eso.

Para Daniel era obvio que Hamilton había regresado con la esperanza de ocupar su antiguo hogar.

—Lamento que no haya llegado usted a tiempo...

—comentó. Deseaba dejar claro que no pensaba retirarse.

Para alivio suyo, Viveka entró al salón con la bandeja en las manos interrumpiendo lo que iba a decir.

—¿Le gustan las galletas de chocolate? Las preparé hoy temprano. —Ofreció ella al tiempo que servía el té.

—Me encantan, y si son caseras mucho más.

—No pude evitar escuchar lo que decía mi esposo. ¿No llegó a tiempo para qué?

—En realidad...

—Querida, no es lo que te imaginas.

—En realidad, sí —aclaró Hamilton—. Tiene toda la razón. Es lamentable que no haya llegado a tiempo para hacerme cargo de la casa, pero, aunque quisiera, no podría —dijo con una sonrisa mientras tomaba una de las galletas y se la llevaba a la boca.

—Si desea puede hacer un recorrido a solas —invitó Daniel. Las últimas palabras del visitante le produjeron curiosidad, pero no quiso averiguar más.

—Se lo agradezco mucho, pero no me parece apropiado.

—Insistimos —subrayó Viveka animada por la invitación de su marido—. Es lo menos que podemos hacer.

Hamilton parecía saborear la galleta con intensidad, como si de pronto fuera lo único importante.

—Está deliciosa —dijo una vez hubo tragado hasta el último grumo—. La felicito, no he comido otra galleta con ese sabor tan delicado, la miel y el anís en su punto justo.

A Viveka pareció halagarle el cumplido. Y tratándose de un hombre refinado como parecía indicar Hamilton por sus modales y por provenir de Europa, consideró su opinión valiosa.

—Muchas gracias, señor Hamilton, son solo unas simples...

—No son tan simples. ¿Sabía usted que la repostería es un arte? Tiene usted arte en las manos, señora Kozlowski. Mezclar sabores no lo puede hacer cualquiera.

—Puede comer las que guste, inclusive llevárselas. Tengo más en la cocina.

Un carraspeo de Daniel la devolvió a la realidad. Por un momento el trío guardó silencio. Hamilton disfrutaba de otra galleta. Daniel, de su café y Viveka, con la taza en la mano, había adoptado un estado de contemplación propio de un yogui.

—Me pregunto si podría quedarme unos días aquí para recordar viejos tiempos...

—¿Aquí? —preguntó extrañado Daniel. Enseguida lo pensó mejor y dijo—: Por supuesto, acondicionaremos la habitación que desee.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Significa mucho para mí. Me gustaría ocupar la habitación que fue de mis abuelos, si no es demasiada molestia.

Daniel no pudo evitar mirarlo con curiosidad.

—¿La de sus abuelos? ¿No le gustaría ocupar la habitación que fue suya?

—¿Quiere que le confiese algo? Siempre soñé con dormir en esa gran habitación. Pero si ustedes la están ocupando, por supuesto que...

—Solo dígame cuál es, he contado ocho dormitorios.

Los labios de Hamilton dibujaron una leve sonrisa.

—Si me permite, se la puedo mostrar. —Tomó el último sorbo de té y dejó la taza con cuidado sobre la bandeja.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, los Kozlowski se pusieron de pie al mismo tiempo que el visitante y lo siguieron escaleras arriba.

Capítulo 2

La Casa Hamilton

La Casa Hamilton, como era conocida en la zona, había permanecido desocupada poco más de dos décadas. Durante ese tiempo tanto la mansión como sus mil doscientos acres de bosques estuvieron bajo la mirada de las autoridades del condado de Dutches, al que pertenecía el pueblo de Hyde Park al norte de Poughkeepsie, en el estado de New York. Una zona que había empezado a tener auge a raíz del turismo debido a las casas históricas donde vivieron el presidente Franklin Delano Roosevelt y Frederick William Vanderbilt y, aunque no quedaba muy cerca de estas, la gran red de carreteras hacía posible que la enorme casa de los Hamilton resultase de interés.

Para el ayuntamiento no era conveniente mantener una casa de esa categoría en malas condiciones, pues «afearía» el condado. Al no poder ponerse en contacto con los herederos o parientes de los difuntos dueños, decidieron que la mejor manera de conservarla era otorgándole a un banco —los bancos siempre resuelven ese tipo de problemas— la potestad para hacerse cargo de ella de la mejor manera posible, sin que le costase nada a la ciudadanía. Los Kozlowski leyeron el aviso mientras estaban de vacaciones en Hyde Park y se arriesgaron a hacerse cargo de la casa, el lugar les había encantado, de manera que empezaron a repararla poco a poco. A Daniel Kozlowski le agradaba la idea de vivir allí sus días de retiro, y a Viveka le pareció formidable estar lejos de Chicago, de la exmujer y de las amistades de su marido, que nunca terminaron de aceptarla, y también del bendito Bendahan que, al igual que la pequeña mujer llamada Xía, tenía tanta ascendencia sobre Daniel.

Los pasos de Hamilton y de la pareja Kozlowski resonaron sobre el piso de madera que los dirigió por el amplio